

todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazón y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oídos, y socorrida con piadosas obras.—Así lo creo yo, respondió la dueña; que, de la gentil y agradable presencia de vuesa merced, no se podía esperar sino tan cristiana respuesta. Es pues el caso, señor Don Quijote, que, aunque vuesa merced me vé sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragón, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me trujeron á la corte de Madrid, donde, por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora; y quiero hacer sabidor á vuesa merced, que, en hacer vainillas y labor blanca, ninguna me ha echado el pié adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran además buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana, y atendida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasión á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en días, barbudo y apersonado, y, sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia de mi señora; la cual, por excusar *dimes y diretes*, nos casó en paz y en haz de la Santa Madre Iglesia Católica Romana, de cuyo matrimonio nació una hija, para rematar con mi ventura, si alguna tenía; no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí á poco murió mi esposo, de un cierto espanto que tuvo, que, á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara:” y en esto, comenzó á llorar tiernamente, y dijo: “Perdóneme vuesa merced, señor Don Quijote, que no va mas en mi mano, porque, todas las veces que me acuerdo de mi malogrado, se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entonces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto, á lo menos, no puedo dejar de contarle, por que se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago, en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un alcalde de corte, con dos alguaciles delante; y, así como mi buen escudero le vió, volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decía: ¿Qué haceis, desventurado? ¿no veis que voy aquí?—El alcalde, de comedido, detuvo la rienda al caballo, y dijole: Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora Doña Casilda;—que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano, á querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi

señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte, que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo, la gente baldía que en ella estaba. Vinose á pié mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna, tengo para mí, que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada, y con hija á cuestras, que iba creciendo en hermosura, como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labradora, mi señora la duquesa, que estaba recién casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragón, y á mi hija ni mas ni menos, adonde, yendo días y viniendo días, creció mi hija, y, con ella, todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento; de su limpieza, no digo nada; que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres días, uno mas á menos. En resolución, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y, debajo de la palabra de ser su esposo, burló á mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedidole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oirme; y es la causa, que, como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas, por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo. Querria pues, señor mio, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues, segun todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables: y póngasele á vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que ¡en Dios y en mi conciencia, que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato! y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparación de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce; porque esta Altisidorilla, tiene mas de presunción que de hermosura, y mas de desenvuelta que de recogida; además, que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y aun mi señora la duquesa..... quiero callar, que se suele decir,

que *las paredes tienen oídos*.—¿Qué tiene mi señora la duquesa, ¡por vida mía! señora Doña Rodríguez? preguntó Don Quijote.—Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder, á lo que se me pregunta, con toda verdad. ¿Vé vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa; aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa; aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced, que lo puede agradecer, primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena.—¡Santa María! dijo Don Quijote; y ¿es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero, pues la señora Doña Rodríguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes, y en tales lugares, no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente, que ahora acabo de creer, que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud." Apenas acabó Don Quijote de decir esta razon, cuando, con un gran golpe, abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á Doña Rodríguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta, con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona, con mucha presteza sin hablar palabra, le alzaba las faldas, y con una, al parecer, chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion: y aunque Don Quijote se la tenía, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podía ser aquello, y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque, en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á Don Quijote, y, desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora; salieronse las fantasmas; recogió Doña Rodríguez sus faldas, y, gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, sin decir palabra á Don Quijote, el cual, doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPÍTULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su insula.

DEJAMOS al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el cual, industriado del mayordomo, y el mayordomo, del duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenía tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rollizo, y dijo á los que con él estaban, y al doctor Pedro Recio, que, como se acabó el secreto de la carta del duque, habia vuelto á entrar en la sala: "Ahora, verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce, para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. ¡Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures! espera sazon y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, ¡que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea! digo, á la de los malos médicos; que, la de los buenos, palmas y lauros merecen." Todos los que conocian á Sancho Panza, se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los